

LIBROS

Marcel Proust

LOS SETENTA Y CINCO FOLIOS Y OTROS
MANUSCRITOS INÉDITOS

Josu de Miguel

LIBERTAD. UNA HISTORIA
DE LA IDEA

Luis Martín-Santos

TIEMPO DE DESTRUCCIÓN

Kate Zambreno

MI LIBRO MADRE, MI LIBRO
MONSTRUO

Marie Aubert

ADULTOS

Andrea Martínez Baracs

UN REBELDE IRLANDÉS
EN LA NUEVA ESPAÑA

Fernando Savater

SOLO INTEGRAL. UNA VUELTA DE TUERCA
A SUS MEJORES IDEAS

NOVELA

El origen de una obra maestra

por **Eduardo Moga**



Marcel Proust
LOS SETENTA Y CINCO
FOLIOS Y OTROS
MANUSCRITOS
INÉDITOS
Edición de Nathalie
Mauriac Dyer, prólogo de
Jean-Yves Tadié
Traducción de Alan Pauls
Barcelona, Lumen, 2022,
482 pp.

Estos “setenta y cinco folios” que publicó Gallimard en 2021, y que ahora da a conocer en España Lumen, coincidiendo con el centenario de la muerte de Marcel Proust (1871-1922), han constituido un misterio desde su creación. Se sabía que existían, pero no dónde estaban ni qué había sido de ellos. Su aura legendaria se explicaba por la grandeza de la obra que anticipaban: *En busca del tiempo perdido*, la mayor cumbre novelesca del siglo XX —y una de las mayores de la historia—, junto con el *Ulises* de Joyce, de cuya publicación, por cierto, en

aquel *annus mirabilis* de la literatura que fue 1922, también se cumplen cien años. *Los setenta y cinco folios* bosquejan la estructura de *En busca del tiempo perdido* y son la primera redacción de sus episodios principales. Estamos, pues, ante el germen de la heptalogía proustiana, ante la brevísima semilla, plantada entre finales de 1907 y mediados de 1908, de la que, años después, brotaría la secuoya de la novela. Proust había legado su archivo personal a su hermano Robert, y este, a su vez, se lo había dejado a su hija, Suzy Mante-Proust. En 1949, la sobrina del escritor encargó la clasificación de aquel intrincado fondo manuscrito a Bernard de Fallois, entonces un jovencísimo profesor —tenía veintitrés años—, que solo llevó a cabo una parte del trabajo. En 1954, publicó *Contra Sainte-Beuve*, una obra inacabada de crítica literaria de Proust, en cuyo prólogo menciona los setenta y cinco folios, una alusión que se ha tenido, durante casi tres cuartos de siglo, como la principal prueba de su existencia. Pero Fallois no dio nunca a conocer aquellos papeles. Una vez fallecido, en 2018, se encontraron en su domicilio los archivos proustianos,

con los setenta y cinco folios y un buen número de otros documentos y manuscritos, que también se incluyen en la edición de Lumen.

Decir que la sintaxis de Proust es frondosa es quedarse muy corto: es selvática, tumultuosa, serpentínica, aunque no renuncia a la racionalidad: bajo su espesura se reconoce el diseño enterizo de una mente clara. El ritmo que alumbra esta sintaxis es polimorfo, pero también fluvial: la minucia de la prosa discurre siempre por un cauce sinuoso y plural, pero firme en su propósito de que la palabra sea, ante todo, un fenómeno de la sensibilidad, una epifanía de la conciencia. En *Los setenta y cinco folios*, integrados por seis capítulos, que prefiguran los siete volúmenes de *En busca del tiempo perdido*, no tardamos en encontrar el fraseo inconfundible de Marcel Proust. En la tercera página de “Una noche en el campo”, el primero y más redondo de esos capítulos, leemos: “Es cierto que desde que el nuevo jardinero había pelado los árboles de las ramas con las que ella se enzarzaba a diario, pero entre las que creía recuperar la libertad de la naturaleza, donde, en medio de un césped ‘trazado a cordel’,

él había dibujado una cruz de honor de siemprevivas, y donde, en fin, con el pretexto de hacer agua de azahar, había convencido a mi tío para que le permitiera arrancar todas las flores de los pequeños naranjos de la entrada, mi tía sufría cruelmente.” El fragmento no se puede comparar con los homéricos pasajes de *En busca del tiempo perdido*, en los que el escritor dedica docenas de páginas y párrafos infinitos a describir cómo su madre se acerca a su dormitorio para darle un beso, o una frase musical escuchada en un salón parisino, pero ya posee el aroma de su dicción arborescente, con la que pretende abarcarlo todo, dilucidarlo todo. También revela su incansable atención a hechos en apariencia irrelevantes o realidades que todos menos él considerarían prescindibles: unos naranjos, una parcela de césped, unas siemprevivas, agua de azahar, pintados siempre con trazo puntillista y espíritu casi entomológico, pero revestido de sensualidad. Proust parte de esos acontecimientos en principio insignificantes para edificar meticulosos análisis psicológicos, que exploran los vericuetos de la mente y los sentimientos y del propio lenguaje que los expresa. Desglosa la realidad que percibe en múltiples fragmentos, que se encadenan como eslabones o encajan como teselas –también se solapan: bullen–, y cuya lujuria verbal traslada a la forma el sugerente caos del mundo y de quien intenta comprenderlo. La realidad parece fracturarse, así, pero es una fractura ilusoria. En realidad, la prosa de Proust, arenosa, no disgrega, sino que aúna: todo se hermana en un caudal montuoso, sostenido por la memoria. En el fragmento transcrito puede apreciarse otro de los procedimientos habituales de Proust: las cláusulas circunstanciales y las oraciones subordinadas se acumulan y entrelazan rítmicamente, hasta que cesan con una escueta oración última, que aparece como una caída súbita, como una interrupción dolorosa: “Mi tía sufría cruelmente.” Aquí termina, con un

tajo desabrido, lo selvático anterior (y se completa la oración inicial, leída siete líneas atrás: “Es cierto que...”). El corte subraya con su concisión la envergadura de lo ya enunciado y prepara una nueva escalada sintáctica.

Proust consigna en *Los setenta y cinco folios* los motivos más relevantes de *En busca del tiempo perdido*: el dolor por la separación de la madre y su beso de buenas noches, la figura de la abuela –cuya muerte referirá memorablemente en la novela–, los dos caminos (o “partes”, según las nuevas traducciones) por los que pasea la familia desde su casa en Auteuil, las muchachas de la playa y, naturalmente, el té y los recuerdos que despierta –la memoria involuntaria, cimiento de toda la obra–, aunque en *Los setenta y cinco folios* lo que el protagonista moja en la infusión no es una magdalena, sino pan tostado. Muchos de estos motivos se abordan varias veces, en distintos capítulos, como si fuesen variaciones de un mismo tema. *Los setenta y cinco folios* son todavía un borrador, una agregación o síntesis de versiones diferentes, y su dimensión novelesca apenas está esbozada. Se trata más bien de un ejercicio confesional o un apunte autobiográfico. Por eso Proust no cambia los nombres de sus personajes ni de los lugares que describe, como sí hace en *En busca del tiempo perdido*: aquí, su abuela se llama Adèle; su madre, Jeanne; y el narrador, Marcel.

La edición, a cargo de Nathalie Mauriac Dyer, es formidable, y la traducción, de Alan Pauls, está a su altura. Mauriac Dyer aporta “otros manuscritos” de Proust, que forman parte de los antecedentes de los “setenta y cinco folios” o revelan el uso que el escritor les dio, y un vasto ensayo, “Noticias, cronología y notas”, en el que desmenuza el contenido de los “setenta y cinco folios” –establece cronologías y genealogías, coteja versiones, analiza personajes y localidades– y lo pone en relación con el resto de la obra de Proust. Especialmente detallado, casi

abrumador, es el apartado de notas (que ocupa 168 páginas del volumen), con un riguroso examen, muy proustiano, de muchas de las alusiones y las formas empleadas por Proust. —

EDUARDO MOGA es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).

ENSAYO

Avatares de la libertad

por Manuel Arias Maldonado



Josu de Miguel
LIBERTAD. UNA
HISTORIA DE LA IDEA
Sevilla, Athenaica,
2022, 128 pp.

Académico ya de largo recorrido y habitual presencia en el debate público español, Josu de Miguel es uno de nuestros constitucionalistas más interesantes y ha tenido la feliz idea de dedicar un libro –dentro de la serie de *Breviarios* publicados por la editorial sevillana Athenaica– a la historia de la libertad. O, si se quiere, a las distintas dimensiones de una idea sin cuya teorización normativa y fuerza práctica no pueden entenderse las sociedades occidentales. Y aunque el debate sobre la libertad nunca ha pasado de moda, nuestra época parece exigir una reconsideración específica de este principio orientador: concurren en ella fenómenos tan distintos como el populismo iliberal, el paternalismo progresista, el llamado capitalismo de la vigilancia o la aparición de límites materiales que cuestionan ese crecimiento económico que durante más de dos siglos ha sostenido la expansión de las libertades individuales en las democracias liberales. Más que preguntarnos por el *para qué* de la libertad, como hizo Lenin ante Fernando de los Ríos, se trataría de determinar *cuánta* libertad podemos disfrutar y de

precisar *cómo* hemos de organizarla sin poner en peligro la viabilidad misma de la comunidad política. Este libro constituye una guía inmejorable para orientarse en ese laberinto; uno que no es exactamente nuevo, sino la ampliación del que ya conocíamos.

Vaya por delante que el profesor De Miguel no es demasiado optimista: a través de las citas que encabezan el libro –Max Aub y Vladímir Jankélévitch– nos sugiere que los límites del mundo moderno han cambiado de tal manera que ser libre consiste en tomar “conciencia de la necesidad”. Dicho de otra manera, hoy será libre quien repare en el cambio que ha experimentado la realidad social en el marco de una modernidad que se enfrenta, como señaló el difunto Ulrich Beck, a las consecuencias no deseadas de su propio desarrollo. De ahí que describa su trabajo como un “ensayo realista” que no se dedica a formular principios abstractos ni a hacer declaraciones bienintencionadas; en su lugar, el autor se ocupa de las condiciones de realización histórica de un ideal cuya trascendencia jurídica no es preciso subrayar. En particular, el ejercicio de la libertad estaría condicionado en nuestros días por la aparición de un horizonte de riesgos que tal vez reclame abandonar el énfasis en los derechos para saludar “el tiempo de los deberes”; de otro modo, nos será difícil garantizar su continuidad histórica ante condiciones adversas. Basta pensar en la invasión rusa de Ucrania: mientras somos testigos del sacrificio que los ucranianos hacen para salvaguardar su soberanía, reparamos en que la defensa de las democracias en los próximos años puede exigir un esfuerzo mayor del que estamos acostumbrados.

Organizado a partir de un conjunto de emparejamientos conceptuales que relacionan la libertad con otros principios o problemas, De Miguel se maneja con soltura en el vasto terreno de la historia de las ideas políticas, proporcionando con

ello un interés adicional a sus atinadas meditaciones jurídico-constitucionales. Nos encontramos así con asuntos ineludibles, tales como la distinción entre la libertad de los antiguos y la de los modernos o la inestable relación que aquella mantiene con la igualdad o el paternalismo. Pero también con esos otros aspectos de la libertad que, aun siendo decisivos para su realización histórica, han sido menos transitados por los investigadores: el tiempo, el espacio, el riesgo. En esos capítulos, escritos como los demás con impecable estilo y abundancia de referencias sin necesidad de notas a pie de página, el libro se destaca como una aportación original y oportuna al debate contemporáneo sobre la libertad. No ignorará el autor que contrae una deuda con los lectores: las constricciones materiales de la libertad en la sociedad del riesgo –o en el más amplio marco del Antropoceno– piden a gritos una exploración más profunda.

En cualquier caso, De Miguel dice en este libro todo lo que quiere decir. Y si comienza subrayando que la libertad en las sociedades premodernas suele tener una connotación defensiva, vinculada como estaba a la protección de una comunidad política precaria ante las amenazas militares provenientes del exterior, su reivindicación de los deberes tiene asimismo resonancias republicanas. La razón es evidente: también los límites del progreso moderno constituyen una amenaza para nuestras comunidades políticas. Desde que el libro fuera entregado a la imprenta, aún en plena pandemia, ha estallado una guerra

y sufrimos preocupantes tensiones inflacionarias que complican más si cabe el acuerdo colectivo acerca de la libertad *posible* en las democracias liberales. En el libro se nos recuerda que la libertad de los modernos ha solido entenderse como el derecho del individuo a disfrutar de su vida y de sus bienes privados en el marco de un gobierno representativo de carácter limitado y garantista. Pero nos advierte: “La libertad *liberal* ha llegado hasta nuestros días porque ha tenido una utilidad social e histórica.” No se incluyen ahí solamente los beneficios para el ciudadano, acostumbrado al reconocimiento de un número cada vez mayor de derechos de corte social o simbólico, sino también los beneficios colectivos que proporciona el cambio social. Y cabe preguntarse si una sociedad envejecida puede seguir creando las condiciones de su propio dinamismo; por el contrario, el intento por conservar a toda costa los privilegios adquiridos por algunas de sus cohortes puede poner en peligro la estabilidad del pacto intergeneracional que veníamos dando por supuesto.

Preguntándose por el sentido de la libertad dentro de una sociedad compleja, De Miguel llama la atención sobre la aparición de mecanismos de asignación de recursos que no parecen requerir de la decisión individual (economía de datos) o tratan de influir sobre ella (paternalismo libertario). Mientras tanto, se recurre con creciente frecuencia a la excepción –crisis económicas, terrorismo, pandemia– como argumento para justificar una fuerte intervención estatal en las esferas personal, económica

Fernanda
Solórzano
/ Cine Aparte

Suscríbete en YouTube



reseñas
de cine
semanales

LETRAS
LIBRES

NOVELA

Sombría carcajada del destino

por **Rebeca García Nieto**



Luis Martín-Santos
TIEMPO DE
DESTRUCCIÓN
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2022,
352 pp.

y civil. ¿Malos tiempos para la lírica? Por si fuera poco, el mismo ideal decimonónico del progreso, que había sobrevivido a duras penas a las catástrofes del siglo xx, se enfrenta ahora al obstáculo que representan los límites ecológicos del crecimiento económico. De Miguel parece tener poca confianza en el solucionismo ecomodernista que promete hacer sostenible el capitalismo, ya que a su juicio solo será posible evitar la constitución de mandarinatos ecoautoritarios mediante la refundación de la libertad sobre la base del cuidado ambiental; de ahí su insistencia en los deberes del ciudadano. Pero él mismo reconoce que el republicanismo cívico presenta sus propios problemas: si se suprime el ingrediente liberal de la democracia, abandonamos el terreno del constitucionalismo y nos hacemos populistas. De ahí que el desafío que tenemos delante no se resuelva mediante una grandilocuente reinención de la libertad; se trata de identificar los medios necesarios para “evitar que se deshaga” en un periodo histórico que se define por la acumulación de crisis sucesivas sin solución de continuidad.

Este libro breve y enjundioso, tan lleno de hallazgos felices como de pistas prometedoras, no responde a la pregunta por el porvenir de la libertad; los constitucionalistas, al fin y al cabo, no son futurólogos. Lo que hace ejemplarmente es ayudarnos a comprender el pasado y el presente de una idea crucial que ha dejado una venturosa huella sobre nuestra historia; no en vano, la cultura occidental suele representarse de manera aprensiva—distópica— como un orden social donde no pudiéramos ejercerla. De Miguel nos explica que esa tarea puede ser laboriosa; que nadie diga luego que no se le avisó. —

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

La publicación de *Tiempo de silencio* en 1962 fue recibida por la mayoría como un soplo de aire fresco. El modernismo, en el sentido anglosajón, había llegado por fin a la novela española, renovando un género que parecía estancado. Hubo, no obstante, alguna voz disidente. Es conocido el veredicto de Juan Benet sobre la novela de su entonces amigo. Como contó Félix de Azúa en *Autobiografía de papel*, lo hundió en la miseria al decirle que por debajo de una fina capa de Joyce su prosa seguía oliendo a Galdós. Benet creía que en un futuro Martín-Santos sería capaz de escribir libros más ambiciosos y a la altura de su talento. El problema es que ese futuro apenas fue. A principios de 1964, el escritor falleció en un accidente de tráfico, dejando inacabada su novela más ambiciosa: *Tiempo de destrucción*.

Esta novela, prácticamente inencontrable desde hace años, acaba de ser rescatada ahora por Galaxia Gutenberg en una nueva edición a cargo de Mauricio Jalón. Jalón, que ya se encargó de la edición de *El amanecer podrido*, de Benet y Martín-Santos, propone aquí una versión distinta a la que José-Carlos Mainer publicara en 1975 en Seix Barral. El material se ha estructurado de forma diferente y se ha optado por refundir las distintas versiones de algunos episodios en un solo texto en vez de presentar las diferentes variantes en distinto tipo

de letra, dando lugar a un libro más homogéneo y accesible para el lector. Uno de los aciertos de esta edición es incluir un pequeño ensayo, llamado “Lo que quiero contar”, a modo de prólogo. El autor (ficticio) de este texto es un amigo que conoce al protagonista de la novela, Agustín, en su época estudiantil. Este amigo será el narrador-testigo durante algunos capítulos (en otros será relevado por una voz narrativa impersonal). Según señala Mainer, en la redacción definitiva de la novela, Martín-Santos “habría hecho desaparecer” a este narrador; por eso sus reflexiones así como el mencionado prólogo fueron excluidos en la edición de Seix Barral. Sea como sea, el prefacio ofrece información muy valiosa sobre el protagonista, un hombre consciente de su destino, al menos de forma intermitente. Para el narrador esto es importante, pues es en los momentos en que uno se sorprende realizando “un destino que no había sido previsto ni buscado” cuando descubrimos la verdad sobre nosotros mismos.

El momento de la verdad para Agustín llega el día en que, tras superar “una serie de tabúes” de toda índole, se dispone a perder la virginidad con una prostituta. Ese día el destino le tenía guardada una sorpresa (de ahí la *sombría carcajada del destino* que abre la novela) y en el instante decisivo es incapaz de “cumplir”. Tras esta escena inaugural, el narrador indaga en los posibles motivos del fiasco del protagonista. Desde niño, ha recibido órdenes opuestas por parte de sus progenitores. La madre no paraba de repetirle algo que él recibía como una orden: “Vas a ser un calzonazos como tu padre”; este, por su parte, no se conformaba con cualquier cosa: “Tú, hijo mío, le decía Demetrios, has de ser muy bueno. Tú sé bueno que has de llegar a ser algo muy grande.” Cabe pensar que estos mensajes antagónicos acabaron por provocar un cortocircuito en nuestro protagonista en el momento más inoportuno. La impotencia de

Agustín tiene su correlato en el texto con frases interrumpidas a mitad de palabra. Curiosamente, estas frases a medias se repiten cuando recuerda episodios de la infancia relacionados con su madre. Pero no todo se reduce a los padres (como se dice en el prefacio, no podemos quedarnos en el “freudismo” o el “psicoanálisis barato”). En la formación del carácter de Agustín destacan también otras figuras, como un sacerdote que ejerce de padre espiritual o un prefecto que recurre sin miramientos al castigo físico ante el primer conato de rebelión por su parte.

Destaca también el personaje de Águeda, su prima, una niña con retraso mental profundo que vive encadenada. La curiosidad por saber qué hay en el fondo de su mente lleva a Agustín a hacer todo tipo de experimentos con ella. Ese mismo deseo de saber (que recuerda a la curiosidad de Pedro en *Tiempo de silencio*) se despliega en la segunda parte, cuando, ya convertido en juez y destinado en Tolosa, trata de esclarecer el asesinato de un sereno. Como juez debería centrarse en los hechos objetivos, pero su afán por conocer la verdad hace que se interese también por las razones psicológicas de los implicados. En paralelo, la novela se va adentrando cada vez más en el mundo interior de los personajes. Ya en uno de los primeros capítulos el narrador subraya las insuficiencias de la técnica objetivista, por esta razón el texto penetra con frecuencia en la subjetividad de los personajes por obra y gracia de ese magnífico invento llamado “flujo de conciencia”.

Las dos últimas partes tienen un grado de desarrollo mucho menor. En la tercera, Agustín se enamora de Constanza, una mujer que, a diferencia de él, lo ha tenido todo desde pequeña. En el último tramo asistimos a su desintegración, aunque no queda claro cómo ha llegado a esa situación. La descomposición del lenguaje en la recta final podría ser el correlato de la autodestrucción del protagonista y es

posible que el camino a la perdición lo iniciase al conocer a Constanza, pero a ciencia cierta es imposible saber cómo pretendía rematar Martín-Santos su novela. Por la ruptura del lenguaje, esta última parte recuerda al “flujo de conciencia” joyceano. No obstante, si vamos más allá de la forma y nos fijamos en el contenido, vemos que hay algo más que un mero parecido con el irlandés. Si una de las palabras más repetidas por Molly Bloom al final del *Ulises* era “sí”, aquí una de las palabras que más se repiten es “muerte”: “Muerte muerte muerte nunca nominada”. Como psiquiatra, Martín-Santos abogaba por practicar un psicoanálisis de corte más existencial (su referencia era más Sartre que Freud) y esto se refleja en la novela. En ese sentido, *Tiempo de destrucción* tiene también mucho de Beckett (como señala Jalón en el epílogo, el fragmento titulado “Apenas yo” recuerda a *El inabarcable*). Cuando Agustín hacía experimentos con su prima Águeda quería saber si era consciente de su condición de mortal o si, por su discapacidad, estaba libre de esa carga. Al final de la novela, Agustín *apenas es*, su lenguaje está completamente roto; aun así, sigue preguntándose por el sentido de la vida en un mundo sin Dios.

Quedaría por resolver (o no) el crimen de Tolosa y cómo llega Agustín a una situación psíquica tan precaria. Tampoco sabemos si Martín-Santos habría mantenido al narrador-testigo o habría optado por una voz narrativa impersonal. Pese a su condición de inacabada, *Tiempo de destrucción* destaca por su enorme calidad literaria. Es curioso que una novela de hace casi sesenta años sea, en muchos sentidos, más novedosa y ambiciosa que muchas de las novelas que llenan hoy las mesas de novedades. Me pregunto si eso no será también una sombría carcajada del destino. —

REBECA GARCÍA NIETO es escritora. Su libro más reciente es *Herta Müller. Una escritora con el pelo corto* (Zut Ediciones, 2021).

MEMORIAS

Elegía a una madre

por Aloma Rodríguez



Kate Zambreno
MI LIBRO MADRE, MI LIBRO MONSTRUO
Traducción de Carlos Bueno Vera y Violeta Gil Segovia, La uña rota, 2022, 222 pp.

Dos años después de que su madre muriera, la escritora Kate Zambreno (Chicago, 1977) empezó a escribir este libro que en original se llama *Book of mutter*. Sus traductores al español, al no encontrar cómo mantener el juego polisémico de *mutter* (madre en alemán y murmurar en inglés), han optado por titularlo como lo llama ella en un momento: *Mi libro madre, mi libro monstruo*. Tiene dos referentes claros: *Diario de duelo* de Roland Barthes y *Desgracia impenable* de Peter Handke. Una cita del segundo encabeza el libro, luego hay otra de Chris Marker. Las dos hablan en realidad de que todo es un ejercicio de memoria, todo habla de recordar. *Mi libro madre, mi libro monstruo* es una elegía a la madre, que es sobre todo un misterio para la hija que escribe sobre ella. La escritura de este libro se prolongó durante trece años, de manera casi inevitable se cuelan muchas otras cosas, otros intereses de Zambreno que aparentemente no tienen que ver con su madre: investigaciones sobre la guerra de secesión, por ejemplo, o la biografía de Henry Darger, un escritor y artista más que outsider. Entre Darger y la madre de Zambreno, la escritora va descubriendo algunas conexiones, algunas más o menos retorcidas, otras quizá casuales pero simbólicas, como que los dos están enterrados en el mismo cementerio. Este es un libro monstruo porque tiene algo de Frankenstein en el proceso, aunque una vez dentro se percibe

como un todo en el que las partes conviven y todo fluye: el ensayo convive con la poesía y con los destellos que a veces son recuerdos, a veces recopilación de detalles que funcionan como retrato de la madre. Zambreno escribe “mi madre mi enemigo declarado mi primer amor”, o “mi madre mi espejo”. Y también “Toda mi infancia recuerdo a mi madre limpiando”; “Ser ama de casa, al modo de antes, significaba vivir bajo la ley de lo borrado. Pasar el día maniobrando, haciendo como que nada ocurría, sin dejar marca. La vida ordenada por habitaciones. Como la ama de casa belga, Jeanne Dielman, de Chantal Akerman.” Por eso, la casa es importante, sigue siendo la madre, pero al mismo tiempo la ausencia se hace patente: “La casa sigue tal cual estaba antes de que ella enfermara. Todo ordenado del modo en el que mi madre lo dejó, solo que en un estado de decadencia o derrumbe lento, perdiendo su lugar, su sentido.” La madre se aparece no solo en la casa, también en la hija: “A veces se me abre la boca y la risa de mi madre sale de repente, un truco de magia.” Van apareciendo otras mujeres-espejo de la madre: Louise Bourgeois, Barbara Loden y Wanda, el ama de casa que abandona a su familia y acaba siendo cómplice de un atraco a un banco en la película homónima; Marilyn Monroe; o la viuda de Lincoln, Mary Todd Lincoln, internada al final de su vida. La locura es un fantasma que sobrevuela todo el libro: en la madre de Zambreno, en Zambreno y en Henry Darger, que además de series de pinturas y distintos libros llevó un diario meteorológico en el que anotaba el tiempo tres veces al día.

Zambreno encuentra los diarios de jardinería de su madre, “La única muestra de su escritura si exceptuamos las tarjetas con recetas de cocina y sus notas en el calendario. Qué impresión me produce ver su letra, su trazo íntimo. Como los partes meteorológicos de Henry, rara vez se desvían hacia su vida interior.” Recoge aquí la última entrada

del diario: “Diagnosticada con cáncer de pulmón. La vida tal como la conocía, perdida. Tengo las plantas de E, intento mantenerlas con vida. Nieve temprana. Puedo vivir con ello. Si sigo viva en primavera... ENREJAR MACETA DE LA PUERTA DELANTERA ¡Hortensias azules!” Y el misterio de la madre, que tiene que ver con una hija que tuvo antes de formar una familia con el padre de Zambreno, pero no solo, queda sin resolver. En parte porque es imposible aprehender al otro, por mucho que nos haya criado. Y porque cuanto más cerca tenemos a alguien más queremos saber: “De su vida todo lo que tengo son textos apócrifos y recuerdos.”

Mi libro madre, mi libro monstruo es un libro de duelo, un intento de recuperar a la madre muerta, de contar su ausencia y así quizá hacer más pequeño el hueco. Anota lo que recuerda de ella, lo fija. Es un libro que se hace, se deshace y se rehace casi a la vez que se lee, siguiendo el mantra de creación de Bourgeois. Pero es también un libro sobre el tiempo: de manera inevitable, un libro que se escribe durante trece años, además de su tema, está captando el paso del tiempo. Más si en el libro hay huellas del proceso de escritura. Los capítulos son cortos, como destellos, flashazos de un recuerdo, de episodios más vitales que narrativos. Por eso, este libro a veces parece más poesía que narrativa: crece en la acumulación, y en la acumulación también va mutando y transformándose. “He desenterrado de nuevo este libro sobre mi madre, después de haberme alejado de él, tras la frustración que sentía por cómo se me iba de las manos, por su ilegibilidad, por lo que me parecía su fracaso inherente”, escribe. Un poco más adelante: “Durante una década he intentado esculpir este libro. No es lo bastante maleable”; esa idea resuena cuando al final cita a Louise Bourgeois: “Cada día es necesario abandonar el pasado o aceptarlo. Si no puedes aceptarlo, te conviertes en escultora.”

Zambreno es elegante hasta el final: terminó el libro embarazada de su primera hija, pero lo cuenta en los agradecimientos, una manera de que quede recogido sin que sea el cierre del libro. *Mi libro madre, mi libro monstruo* es un libro contenido, por eso es emocionante. Sin trama, se va dejando llevar mientras observa la pena. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Siempre quiero ser lo que no soy* (Milenio, 2021).

NOVELA

Fallar cada vez mejor

por **Zita Arenillas**



Marie Aubert
ADULTOS
Traducción de Cristina
Gómez-Baggethun
Madrid, Nórdica Libros,
2022, 160 pp.

Adultos es, por un lado, un retrato de familia; por otro, y sobre todo, el de una mujer en crisis. El libro está contado en primera persona, la de la protagonista, Ida: soltera, sin hijos, con un buen trabajo como arquitecta. Al inicio de la novela está de camino a la costa, a la cabaña familiar donde se va a celebrar el cumpleaños de su madre. “Los niños de los demás, siempre, por todas partes. Lo peor es en el autobús, cuando no tienes escapatoria. Tengo la espalda sudada y estoy de mal humor.” Ese es el comienzo del libro, que a un lector perezoso le invitaría a encasillar a Ida como una solterona cascarrabias. Pero hay que esperar, porque Aubert, con una sencillez envidiable, va dibujando a una mujer llena de dudas y miedos, de una torpeza enervante que aun así produce lástima, de un humor fruto de la ineptitud que a veces resulta tronchante. Como el personaje de Phoebe

Waller-Bridge, Fleabag, homónima serie a la que hace referencia la faja de este libro.

La autora ha explicado que en alemán existe una palabra precisa para definir el sentimiento que invade a Ida y, en general, a quienes sufren la crisis de los cuarenta: *Torschlusspanik*. Sería algo como “el miedo de las puertas correderas”, es decir, el temor ante la sensación de que el tiempo avanza y las oportunidades desaparecen. Ida, como Fleabag, tiene relaciones esporádicas con hombres inadecuados, muchos de ellos casados. Describe algún encuentro sexual miserable. Es usuaria de Tinder. Estando ya en la cabaña familiar, envía mensajes insulsos a personas con las que ha estado liada tiempo atrás. “No me responden. Siempre hago estas cosas, no sé por qué, nunca pienso en estos dos tipos, y aun así hago estas cosas, hurgo y remuevo en la gente solo para que alguien sepa de mí, para que alguien me responda.” Algún día llegará el hombre adecuado. Eso le dicen sus amigas, incluso lo piensa la propia Ida. Llegará “como una recompensa con un lazo, algo que se me concede por haber aguantado tanto tiempo sola”. Mientras tanto, ha decidido iniciar el proceso para congelar óvulos.

En la cabaña la esperan su hermana menor, Marthe; la pareja de esta, Kristoffer, y Olea, la hija de él. Al día siguiente llegará la madre de ellas y su novio, Stein. Lo que iban a ser unos días pacíficos de vacaciones, navegando por el fiordo y comiendo gambas, se convierte en una incómoda guerra de egos que saca a relucir la rivalidad que Ida siempre ha tenido con su hermana. Esa rivalidad, además, agudiza su sentimiento de fracaso personal. El detonante es una noticia de Marthe que hace que las inseguridades de Ida se recrudezcan y que empiece a comportarse más como una niña que como una adulta: se esfuerza por llevarse bien con Olea y siente satisfacción cuando la cría la llama su “mejor amiga”, pero porque eso supone restregarle en la cara a Marthe que ella se lleva mejor con

su hijastra; calla sus meteduras de pata para que Marthe se lleve las culpas; flirtea con Kristoffer; se siente reconfortada con las miserias ajenas, porque le hacen sentirse menos fracasada.

Esta novela es una comedia áspera, con toques de humor negro. (Es fácil imaginar una adaptación cinematográfica del texto.) El humor a menudo salta en relación a Stein, al que Ida nunca ha sabido cómo tratar. Cuando este le pregunta qué tal le va en el amor, la madre le golpea el brazo y él replica: “¿No se puede preguntar? ¿Es por lo del #MeToo?” Poco después, cuando Stein dice que él y la madre son *late bloomers*, Ida espeta: “Los *late bloomers* son los homosexuales que salen tarde del armario.”

Durante menos de dos días de verano, vemos cómo la protagonista va perdiendo la compostura. Se revuelve y no sabe cómo gestionar sus sentimientos, incapaz de encontrar su lugar. Recuerda cuando su hermana, siempre enferma para obtener la atención de la madre, le fastidió el día que iba a dar un discurso escolar (en lugar de reproducir la cita beckettiana *Try again. Fail again. Fail better* dijo *Ever fail, fail better*); o que Marthe mantuvo el contacto con el padre después del divorcio: ella, sin embargo, optó por mantenerse “fiel” a la madre. Ida se define como la niña cumplidora que siempre lo hacía todo bien, pero también deja entrever que sus inseguridades vienen de lejos: de adolescente, se enamoraba de quienes la alababan. Y siente que la vida la ha defraudado por no recompensarla con lo que le corresponde, en una suerte de cobarde negación de responsabilidad sobre su propia existencia. De ahí la envidia, disfraz de su desubicación: “acabo leyendo tebeos del pato Donald y de Astérix, y bebiendo cerveza desde primera hora, me siento sola, me inquieto y por la noche tengo que tomar Imovane porque me da miedo la oscuridad. A la mañana siguiente lo único que me apetece es volverme a la ciudad y tengo la sensación de estar tratando de hacer algo que no me

sale”. La infancia se convierte para ella en un refugio, aunque se da cuenta del engaño, de que la nostalgia no la rescatará de su presente: “tampoco puedo andar torturándome con cierta imagen de cómo eran las cosas antes”.

Adultos, que ha recibido el Premio de la Crítica Joven de Noruega, refleja el miedo a ser eso, un adulto; a ver puertas cerrarse. Pero también, quizá, alguna otra se abre. —

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

HISTORIA

Rescate de Guillén de Lámport

por Rafael Rojas



Andrea Martínez Baracs
UN REBELDE
IRLANDÉS EN LA
NUEVA ESPAÑA
Ciudad de México,
Taurus, 2022, 176 pp.

Una tradición historiográfica asociable a Vicente Riva Palacio, acaso reforzada involuntariamente por la imagen qui-jotesca de la escultura de Guillermo Cárdenas en el Monumento a la Independencia, ha relacionado la figura de Guillén de Lámport con la impostura. Las varias identidades del personaje —William Lámport en Irlanda, Guillén Lombardo en la España de los Austrias, Lombardo de Guzmán o Guillén de Lámpart en la Nueva España de mediados del siglo XVII— contribuyen a esa visión evanescente.

El ardid de presentarse como hijo natural de Felipe III y, por tanto, hermano bastardo del rey de España y Portugal, Felipe IV, dio origen a la subvaloración de una figura que borra fronteras entre la historia y el mito. Después de Riva Palacio, otros historiadores como Luis González Obregón y Gabriel Méndez Plancarte lo tomaron más en serio. Esta otra tradición

historiográfica desemboca en Fabio Troncarelli y, más recientemente, en Andrea Martínez Baracs, quienes han realizado los estudios definitivos sobre este precursor de la independencia novohispana.

Martínez Baracs había dedicado un estudio previo a Guillén de Lámport, editado por el Fondo de Cultura Económica en 2012. Esta versión, corregida y aumentada, por medio de una revisión de la papeleería sobre el conspirador, poeta y erudito irlandés en el ramo Inquisición del Archivo General de la Nación y en la Colección Conway del ITESM, ofrece el perfil definitivo de una rarísima personalidad, que dibuja la metáfora perfecta de la Nueva España bajo la dinastía Habsburgo.

Lámport nació en una familia católica noble de Wexford, Irlanda, en 1611, y se formó con los agustinos, franciscanos y jesuitas entre Dublín y Londres. En 1628 escribió contra la dominación británica de Irlanda y fue condenado a muerte, por lo que debió huir y exiliarse en España. Recorrió diversos colegios en La Coruña, Santiago de Compostela, Salamanca y el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Destaca Martínez Baracs el peso, en su formación juvenil, de las ideas de algunos padres jesuitas, críticos del absolutismo y la corrupción del clero, como Juan de Mariana, Juan Bautista de Poza y Juan Eusebio Nieremberg.

Los talentos del joven exiliado irlandés llamaron la atención del poderoso Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, *valido* o ministro de la corte de Felipe IV. Este importante estadista, biografiado por Gregorio Marañón y John H. Elliott, apadrinó a Lámport hasta su establecimiento en la Nueva España. Su primer encargo fue enviarlo como asistente del hermano de Felipe IV, el cardenal-infante Fernando, a las guerras europeas, de las que regresó a Madrid como veterano de las batallas de Nördlingen y Fuenterrabía.

La segunda misión de Olivares fue impulsar la independencia irlandesa,

que Lámport asumió con celo patriótico, como se desprende de su “Proclama al Rey Felipe IV para la liberación de Irlanda”. De acuerdo con los estudios de Troncarelli y Martínez Baracs, hacia 1639 Lámport había movilizado a la creciente colonia irlandesa de España, que había peleado a favor de Madrid en las guerras europeas, en contra de Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda. El conde-duque habría aportado unos 42 mil ducados para la organización del levantamiento irlandés, que tuvo lugar en 1641.

La tercera misión, la más explorada en este libro, fue la de la Nueva España. Lámport llegó a la capital del virreinato en 1640 con una comitiva del más alto nivel (el nuevo virrey Diego López Pacheco y Portugal y el eclesiástico navarro Juan de Palafox y Mendoza, quien sería obispo de Tlaxcala y Puebla y también se ocuparía brevemente del gobierno virreinal), llamada a corregir la corrupción, el despotismo y la crisis financiera y económica del virreinato. El libro de Martínez Baracs sostiene que el joven irlandés se propuso cumplir tan lealmente la misión que acabó cuestionando las bases mismas del orden virreinal.

Apenas dos años después de su llegada, Guillén era arrestado y sometido al Tribunal del Santo Oficio por múltiples herejías: uso adivinatorio del peyote, magia negra, astrología judicial, judeofilia. Los cargos, con mayor o menor sustento, escondían las motivaciones reales del gobierno virreinal para encarcelar a Lámport. En sus informes a Madrid, el conspirador testificaba la persecución contra comerciantes portugueses y judíos, el despojo arbitrario de fortunas y el desfalco fiscal de las autoridades civiles y eclesiásticas.

En los papeles incautados en su arresto, en 1642, figura una asombrosa “Proclama insurreccional para la Nueva España”, que debe ser leída como uno de los documentos políticos más avanzados en reinos de la monarquía católica española en el siglo XVII. Ahí Lámport no solo denunciaba

la corrupción sino que proponía la separación de la Nueva España de la Corona de Castilla con el argumento de que la bula papal de 1493 y la conquista de América eran ilegítimas y que tanto la esclavitud de negros y mulatos como la servidumbre de los “naturales” o indios debían ser erradicadas.

Es insólito este documento porque, como han observado Seymour Drescher, Luis Carlos Amezúa y otros estudiosos del abolicionismo y el antiesclavismo en el mundo hispánico, el principio del “derecho de gentes” para los afrodescendientes no estaba reconocido en la obra de Bartolomé de las Casas, los padres jesuitas o los teólogos neotomistas de la escuela de Salamanca (Suárez, Vitoria, Soto...) que estudió Lámport en España. Habrá que esperar a la obra *Siervos libres* del borgoñón Epifanio de Moirans (1644-1689) para que en el mundo hispánico circulara una visión claramente opuesta a la trata esclavista, aunque no del todo a la esclavitud misma.

La propuesta de separación del reino novohispano, por la vía monárquica de un nuevo príncipe, él mismo, hace de Lámport un claro antecedente de los autonomistas del ayuntamiento y la audiencia de México, en 1808, y de Agustín de Iturbide. Su llamado a la abolición de la esclavitud y la servidumbre lo afirma como precursor de Hidalgo y Morelos, de Victoria y Guerrero. Además de una investigación académica del mayor rigor, que se inscribe en la mejor historiografía sobre la Inquisición novohispana (Solange Alberro, Úrsula Camba, Gabriel Torres Puga), el libro de Martínez Baracs es un alegato a favor de la vindicación pública de un mártir poco conocido.

Guillén de Lámport sobrevivió diecisiete años en la cárcel, escribiendo poemas cristianos y salmos latinos en sábanas y lienzos. En 1650 protagonizó una fuga espectacular, por unas horas, que le alcanzaron para clavar en las puertas de la catedral el “Pregón de los justos juicios de Dios”, adentrarse

furtivamente en palacio y subir hasta la alcoba del virrey Enríquez de Guzmán. Su solidaridad con los compañeros de celda, con las mujeres, judíos y negros acusados de brujas, herejes y hechiceros, con las víctimas de los terribles autos de fe, que se verifican en su propio cuerpo al morir en la hoguera en 1659, lo vuelven un símbolo de la resistencia contra todas las opresiones. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista.

ARTÍCULOS

El placer de pensar

por **Fernando García Ramírez**



Fernando Savater
SOLO INTEGRAL.
UNA VUELTA DE
TUERCA A SUS
MEJORES IDEAS
Madrid, Ariel, 2021,
272 pp.

Llegó, hace siete años llegó la muerte al entorno cercano de Fernando Savater. Murió Sara Torres, esposa y cómplice. El filósofo quedó devastado. En *La peor parte* describió el duelo. El vitalista Savater, apático; el entusiasta, apagado; el apasionado, sin ganas de vivir.

Anunció que ya no quería escribir más libros. Solitario en San Sebastián. En su momento demostró enorme valentía al firmar, marchar y escribir contra ETA, banda asesina. Daba sus clases con guardaespaldas. Pero frente a la muerte de un ser querido no hay nada que hacer sino resistir el dolor apretando los dientes.

Le quedaba el *turf*, las carreras de caballos, fuente de placer inagotable. Le quedaba también la inacabable manía de escribir. Para sacar del pecho las indignaciones cotidianas y los “fulgores placenteros que halagaban los sentidos”, aceptó publicar una brevísima columna semanal en *El País*.

Trescientas palabras. Aquellos que se quejan del espacio insuficiente, “es que no saben escribir”.

En sus orígenes mecánicos la máquina de escribir copió al piano. El dedo activa el teclado que produce, en un caso, notas musicales y en el otro letras, números y signos. La muerte había tocado a Savater, la vida se había vaciado de sentido. El mundo, sin embargo, lo irritaba y le seguía causando placer. Se sentó al teclado una vez a la semana. No interpretó un concierto, compuso un brevísimo artículo. Una pieza animada, ingeniosa, irónica, bien escrita. Lenta y gradualmente el entusiasmo fue ganando el cuerpo y alma del autor. “Pensando, componiendo y afinando mis columnas lo he pasado mejor que nunca.” Regresó la vida. La bitácora de ese regreso sin gloria ha quedado registrada en *Solo integral*, libro que reúne un bien calibrado conjunto de esos artículos, los que mejor han resistido el paso del tiempo.

En alpinismo se conoce como “solo integral” cuando se asciende sin ayuda de cuerdas y arneses, la modalidad más extrema. Así se siente Fernando Savater escribiendo sus artículos. No como el virtuoso que interpreta un soberbio concierto de tres minutos sino como el escalador que se aferra a la roca jugándose la vida, sin red de protección, pisando firme; así Savater asciende las dificultades de su artículo breve, con gracia, ironía y buen humor, adhiriéndose con el cuerpo a la pared de su tema, sin mirar abajo, resoplado, concentrado. Trescientas palabras, una cima para dejar el duelo.

Ha cambiado Savater, cómo no iba a cambiar luego de cincuenta años o más de estar cargando la roca del pensamiento hasta lo alto para dejarla luego caer y recomenzar todo de nuevo. Lo acusan (hoy todo el mundo acusa) de haberse derechizado, él tan de izquierdas que era. La pregunta no es cuándo Savater ha dejado de ser de izquierda sino “cómo ha cambiado tanto la izquierda que yo conocí”. La izquierda española que pacta con

los separatistas (a saber, los más reaccionarios) y hace gobierno a Podemos, aliados del “populismo político corruptor”. Savater el ácrata encendido hace ahora el elogio de la familia (“los que desprecian o trivializan la familia son auténticos enemigos de la felicidad urbana”). Savater el anarquista razona ahora su apoyo a la monarquía (“preferimos conservar nuestro país democrático en su forma monárquica que verlo deshacerse en diversos retazos republicanos enfrentados”). Todos cambian, salvo los necios, que creen en principios eternos sin darse cuenta de que tales principios se establecieron como el mejor acuerdo de un momento específico.

En algunas cosas no se cambia. Savater sigue siendo el humanista impenitente, el inoportuno que continúa denunciando las trampas del poder, el artifice del lenguaje que hace todo lo posible por entregarle al lector una buena pieza argumentativa. “Una idea, dos ejemplos y tres cuartillas”, decía Camus.

No un estilo, dice Savater: un estilete. Nada como una buena esgrima intelectual para comenzar los sábados.

Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con los temas que plantea Savater. En lo personal yo estoy en profundo desacuerdo con un par de ellos, lo que no puedo es regatearle el temple liberal que se respira en su libro, en el que ha alcanzado el tono de alguien feliz que se pasea por el mundo soltando opiniones a diestra y siniestra, que por eso le pagan, de eso vive, y gracias a eso nosotros leemos, recibimos las ideas, las negaciones, las explicaciones, los buenos y malos humores de este pensador que sigue pensando España, los dilemas de la ética, el letal prohibicionismo, el amor y el desamor, pero sobre todo que nos sigue hablando de libros, de ideas, que sigue criticando lo que ve.

Solo integral, un libro sobre vivir. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y columnista en *El Financiero*.